



Las voces
y memorias
que habitan

el Observatorio de Poéticas Sociales

Por: Emanuel Enciso Camacho
emanuel.encisoc@utadeo.edu.co
Fotografías
Alejandra Zapata
linaal.zapataj@utadeo.edu.co

Este es un espacio coordinado por los profesores Óscar Moreno y Sylvia Suárez en el que convergen múltiples actores, como organizaciones, líderes sociales, víctimas y artistas, con el fin de brindar una mirada estética y pedagógica del arte que va más allá de los cánones y el aula de clase.

El arte es uno de los más importantes cohesionadores sociales de la humanidad, capaz de evocar memorias e identidades, pero ante todo, transformaciones de la realidad. El Observatorio de Poéticas Sociales de la Escuela de Artes de Utadeo, liderado por los profesores Óscar Moreno y Sylvia Suárez, tiene precisamente ese sello, en la medida que busca **conectar lo académico con las experiencias sensibles fuera del aula**, específicamente en los contextos sociales.

Enmarcado en la **línea de Plástica Social** de la Escuela, el Observatorio traslada el hacer artístico más allá de las cuatro paredes del salón de clase, a partir de un eje de **trabajo pedagógico, desde las experiencias vividas y el encuentro con el otro**: “La academia necesita replantearse sus formas de producción del conocimiento, bajo unas fronteras mucho más permeables a las sensibilidades, los afectos y la construcción de símbolos”, señala Moreno.

El profesor manifiesta que el Observatorio se ha convertido en uno de sus espacios vitales para descubrir una dimensión distinta a la de ser maestro: “Este es un espacio de vida, encuentro y ensayo de maneras de hacer con personas a las que les interesa lo estético y lo poético, trabajando más allá de las fronteras estrictas del arte”, añade.

De esta manera, la creación artística se convierte en la excusa perfecta para reconocer la diversidad cultural y generar empoderamiento de las comunidades con los territorios y espacios de encuentro en los que se reactivan las memorias, los saberes y las identidades con el fin de ejercer la ciudadanía: “El Observatorio logra sacar a los estudiantes del vínculo netamente académico para volverlo socialmente más amplio, por ejemplo, en diálogo con los movimientos de defensa de derechos de las víctimas u otros movimientos sociales”, comenta Suárez, frente a lo que la investigadora define como una ‘mezcla’ de dos mundos.

Nicolás Sánchez, curador de la sala de exposición del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de Bogotá, entidad con la que el Observatorio ya ha trabajado de manera conjunta en varios proyectos, manifiesta que en esencia estos tipos de procesos son catárticos y curativos para

quienes intervienen en ellos, en la medida que **el arte les brinda la posibilidad de autorrepresentarse y contar sus propias narrativas** que, muchas veces, han sido silenciadas por el fragor de la violencia: “El trabajo que se ha realizado con el Observatorio, sus estudiantes y docentes ha sido de manera participativa con las víctimas. No es la academia en esa estructura vertical, sino trabajamos de manera horizontal y se da un espacio de intercambio de conocimientos y saberes”, sostiene.

Con cerca de trece proyectos finalizados, el Observatorio es el lugar en el que los estudiantes se involucran activamente en los procesos de producción, al tiempo que el profesor actúa como acompañante de los intereses de estos y las comunidades, bajo un ambiente de cocreación que, en la mayoría de los casos, funciona por medio de puntos satélite en los territorios que se van a impactar. Allí la clave es construir contenidos y narrativas con el soporte de la academia que conduzcan a generar empatía

El Observatorio
traslada el hacer
artístico más
allá de las cuatro
paredes del salón
de clase y de
los modelos del
campo del arte.

“Ha sido una manera distinta de anidar en la academia. Un espacio que me recibe con todas mis inquietudes”
Sylvia Suárez.



Asfalto fue un punto de encuentro entre dibujantes de la calle y artistas plásticos.

con personas que se encuentran en distintas situaciones de violencia, migración forzosa o exclusión social, entre otras.

La única regla es que no hay modelos a la hora de trabajar con la gente, en una visión extradisciplinaria que se interesa por las fronteras y los márgenes del arte. Esta, por ejemplo, fue la apuesta de Fuera de sí: el arte se cuenta en primera persona (2018), en el que se abordaron las trayectorias de vida de algunos artistas y agentes culturales, cuya labor ha estado marcada por movimientos de entrada y salida del campo artístico.

Pero también ha sido la oportunidad de trasladar prácticas cotidianas a manifestaciones artísticas que rompen el canon de lo tradicional, pues como lo sostiene Suárez, “tratamos de enfocarnos no en una definición expandida o cerrada de arte, sino en la calidad de una relación entre sujetos, pues nuestro

centro es pedagógico”. Esto sucedió con apuestas en comunidades como los embera katio y los embera chamí, en las que, a partir de la elaboración visual desde sus propias técnicas y tradiciones, se activaron dispositivos de memoria y saberes ancestrales. La gastronomía de estos pueblos también visibiliza las identidades. Así, un ingrediente puede transformarse en la narrativa del territorio del que son originarios estos actores.

Otra apuesta en este aspecto fue Asfalto (2015), una intervención en la que se encontraron, en la Carrera Séptima, en el centro de Bogotá, dibujantes del sector y artistas plásticos en torno a la tiza como medio de expresión e hibridación de técnicas, experiencias y conocimientos.

En todo caso, uno de los componentes más interesantes del Observatorio es la comprensión del arte como agente poderoso de incidencia poética y política, aspecto que se hizo notorio en las dos versiones del laboratorio Hacer algo (2013 y 2015), que se desarrolló en conjunto con el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, y que, como su nombre lo indica, buscaba tomar posición crítica sobre el entonces naciente proceso de paz entre el Gobierno y las Farc, en La Habana.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de Bogotá se ha convertido en uno de los aliados y en ‘otro hogar’ del Observatorio y sus integrantes.



De izquierda a derecha, Nicolás Sánchez, Sylvia Suárez y Óscar Moreno.

El espacio posibilitó las convergencias entre estudiantes, profesores, representantes de organizaciones sociales y ciudadanos en general, así como invitados nacionales e internacionales, entre ellos Ana Longoni (Argentina), Suely Rolnik (Brasil), Cecilia Vicuña (Chile) y Rolf Abderhalden (Colombia). Los resultados finales fueron una serie de acciones y procesos artísticos y culturales que evocaron encuentros entre el cuerpo sensorial, la memoria, lo político y lo público.

Fruto de las experiencias vividas en el Observatorio, los investigadores se encuentran en la finalización de un libro que recoge las lecciones aprendidas, así como las propuestas que se han desarrollado a partir de un formato permeado por el ensayo fotográfico. Este resultado de investigación contará con un capítulo dedicado a las voces de los estudiantes y egresados que han participado en el Observatorio.

De igual manera, las siguientes fases de este ejercicio de investigación-creación se centran en el diseño de una Maestría en Arte y Prácticas Sociales. Por el momento, ya está redactado el documento maestro que será presentado ante el Ministerio de Educación Nacional. También se espera articular estas experiencias de arte y contexto social con semilleros y grupos de investigación de otras universidades del país. **L**

Consulte más información sobre el Observatorio



El espacio cuenta con dispositivos pedagógicos y artísticos abiertos, que cambian de acuerdo al contexto, las trayectorias de vida y experiencias de los grupos sociales involucrados.